

# Holderlin y la Esencia de la Poesía

Por Martín HEIDEGGER

Traducción de Antonio M. Bergmann y Cayetano Betancur

He aquí los cinco leitmotivos de la conferencia:

- 1º "Poetizar, ocupación es ésta la más inocente de todas". (III, 377).
- 2º "Razón para que el más peligroso de todos los bienes, el lenguaje, haya sido dado al hombre.....: Para que testimonie lo que él es....." (IV, 246)
- 3º "El hombre ha experimentado mucho,  
de los dioses ha nombrado mucho,  
desde que somos un diálogo  
y desde que podemos oírnos los unos a los otros" (IV, 343)
- 4º "Pero lo que permanece, los poetas lo fundan" (IV, 63).
- 5º "Lleno de méritos, sin embargo es poéticamente como el hombre habita sobre esta tierra". (VI, 25).

Al proponernos mostrar lo que es la esencia de la poesía, por qué razón hemos escogido la obra de Holderlin? Por qué lo hemos preferido a Homero o a Sófocles, a Virgilio o a Dante, a Shakespeare o a Goethe? No se encuentra en la obra de estos poetas la esencia de la poesía realizada con una riqueza igual y aún superior a aquella de las creaciones de Holderlin, tan prematura, tan bruscamente interrumpida?

Aunque sea sí, es, sin embargo, a Holderlin y solamente a Holderlin al que hemos escogido. ¿Pero es en verdad, posible abstraer de la obra de un solo poeta la esencia general de la poesía? Lo general, es decir, lo que es válido para muchos, no podemos alcanzarlo más que por vía de reflexión comparativa. Para ello, es necesario que nos sea presentada previamente la más grande variedad posible de poesías y de géneros poéticos. En este caso, la poesía de Holderlin no es más que una entre muchas. Ella sola en ninguna forma es

capaz de desempeñar el papel de medida para la definición esencial de la poesía. Desde luego, la iniciativa de nuestro proyecto contiene en sí misma la razón de su fracaso. Fracaso seguro tanto más cuanto entendemos por "esencia de la poesía" lo que se encuentra concentrado en un concepto general, válido indiferentemente para toda especie de poesía. Ahora bien, lo general, lo que vale indiferentemente para todo lo particular, es siempre lo indiferente: lo general es así una "esencia" que no llega a ser jamás **esencial**.

Y precisamente, es lo **esencial** de la esencia lo que buscamos, lo que nos fuerce a decidir si hemos de tomar en adelante en serio la poesía y cómo hemos de tomarla, si los supuestos que aportemos permitirán en verdad mantenernos dentro del ámbito de la poesía y cómo hemos de mantenernos allí.

No hemos escogido a Holderlin porque su obra realice, como una obra entre muchas otras, la esencia general de la poesía, sino únicamente porque lo que forma el soporte de la poesía de Holderlin es esta determinación poética que consiste en **poetizar** expresamente la misma esencia de la poesía. Holderlin es, para nosotros, en un sentido privilegiado, **el poeta del poeta**. Y por esto él nos fuerza a la decisión.

Empero, —el hecho de poetizar sobre el poeta no es índice de un extravío en la contemplación de sí mismo? ¿No es confesar al mismo tiempo que se nos ha frustrado la plenitud del mundo? **Poetizar** sobre el poeta, no es una actitud desesperada, no es algo tardío, el fin?

La respuesta nos será dada en lo que sigue. Sin duda, la vía por la cual nosotros obtendremos esta respuesta es ella en sí misma, la peor de todas. No podemos hacer aquí, como sería preciso, el recorrido completo de las poesías de Holderlin, explicando cada una de ellas en particular. A cambio de esto tomaremos cinco frases del poeta, cinco leitmotives, sobre la poesía. El orden de sucesión de estas palabras, así como su conexión interna nos pondrán delante de los ojos la esencia esencial de la poesía.

## I

En una carta fechada en enero de 1799, dirigida a su madre, Holderlin designa esa ocupación que consiste en **poetizar** como "La **ocupación** más inocente de todas" (III, 377). Cómo es ella "la más inocente"? Esa ocupación se manifiesta bajo la forma discreta del **juego**. Sin trabas, inventa su mundo de imágenes y queda contemplativa en el reino de lo que ha imaginado. Este juego escapa por ello a la seriedad de la decisión, la cual siempre compromete de una o de otra manera. **Poetizar** es, por consiguiente, algo perfectamente inocuo. Es a un mismo tiempo, algo ineficaz, por lo cual resulta un puro hablar, un discurrir. Aquello no tiene nada de común con la acción que muerde inmediatamente sobre lo real y lo transforma. La poesía es como un sueño, no es una realidad; es un juego de pa-

labras, no tiene en ninguna forma la seriedad de la acción. La poesía es inocua e ineficaz. ¿Qué cosa, mejor que el lenguaje puro, podría pretender ser algo *sin* peligro? No obstante, si tomamos la poesía como “la más inocente de todas las ocupaciones”, no hemos aún, con ello, recogido su esencia. Al menos hemos podido así indicar dónde nos es posible buscarla. La poesía crea sus obras en el reino y con la “materia” del lenguaje. ¿Qué dice Holderlin sobre el lenguaje? Escuchemos la segunda palabra del poeta.

## II

En un esquema fragmentario, aproximadamente de la misma época, (1800) de que data la carta cuyo pasaje se acaba de citar, el poeta dice así: “Pero el hombre habita en las chozas y se cubre con un púdico vestido, pues más íntimo es, más avizor también; lo que preserva al espíritu, como la sacerdotiza a la llama celeste, esto es su razón. Y es porque libre arbitrio y potencia superior de ordenar y de cumplir se le han dado a él, a él que es semejante a los dioses; y es porque aún el lenguaje, el más peligroso de los bienes le ha sido dado al hombre para que, creando, destruyendo y pereciendo, y volviendo a la eterna maestra y madre, testimonie lo que él es: haber heredado, haber aprendido de ella, lo que tiene de más divino, el Amor que conserva el todo”. (IV, 246).

El lenguaje, campo de “la más inocente de las ocupaciones”, es “el más peligroso de los bienes”. ¿Cómo se concilian estas dos afirmaciones? Por de pronto, dejemos esta cuestión y comencemos por plantear tres cuestiones previas: 1ª ¿De quién es un bien el lenguaje? 2ª ¿Cómo es el más peligroso de los bienes? 3ª ¿En qué sentido es, en general, un bien?

Recordemos ante todo, el pasaje en que se encuentra esta frase sobre el lenguaje. Es en un bosquejo para una poesía que debe decir lo que es el hombre a diferencia de los otros seres de la naturaleza. Son mencionados: La rosa, los cisnes, el ciervo en el bosque (IV, 300 y 385). Por ser las plantas distintas de los animales, es por lo que el fragmento citado comienza con estas palabras: “**Pero** es en las chozas donde habita el hombre”.

Y quién es ahora el hombre? Aquél que debe testimoniar lo que es. Testimoniar significa por una parte, manifestar; pero al mismo tiempo esto quiere decir: ser fiador en la manifestación de lo **manifestado**.

El hombre es **aquél** que es, precisamente en la atestación de su propia existencia. Pero esta atestación no quiere decir aquí que el ser del hombre se exprese después, que esta expresión venga a sobreañadirse, a correr al margen de su ser; nó, ella concurre a la **constitución** misma de la existencia humana. Pero qué debe atestiguar el hombre? Su pertenencia a la Tierra. Esta pertenencia consiste en que el hombre sea heredero y aprendiz en todas las cosas. Pero las cosas están en conflicto. Lo que separa las cosas, pero al

mismo tiempo lo que las reúne, es lo que Holderlin llama la "esencial intimidad", su interioridad. La atestación de la pertenencia a esta esencial intimidad se produce por la creación de un mundo y su orto, lo mismo que por su destrucción y su hundimiento. La atestación del ser del hombre y de ahí su realización auténtica, nacen de la libertad de la decisión. Esta toma lo necesario y se liga en los vínculos de un imperativo superior. El ser testigo de esta pertenencia al ser en su totalidad, se efectúa como Historia. Pero para que una historia sea posible, es preciso que el lenguaje sea dado al hombre. El lenguaje es un bien del hombre.

Pero, cómo el lenguaje es "el bien más peligroso"? Es el peligro de todos los peligros, porque es él el que comienza por crear la posibilidad de un peligro. El peligro es una amenaza del ser por algo que existe. Ahora, no es más que en virtud del lenguaje por lo que el hombre se encuentra expuesto, en general, a algo revelado, que como existente lo asedia y lo inflama en su existencia humana, y como no existente, lo engaña y lo desengaña. Es el lenguaje el que crea ante todo, el campo en que puede ser amenazado el ser, el campo del error y el de la posibilidad de la pérdida del ser; esto significa peligro. Pero el lenguaje no es sólo el peligro de los peligros; oculta necesariamente en sí mismo y por sí mismo un peligro permanente. La tarea del lenguaje es revelar el ser como tal en la obra y garantizarlo en ella. Por el lenguaje puede expresarse lo que hay de más puro y de más abscóndito, tanto como lo más confuso y lo más común. Es necesario también que la palabra esencial, para ser comprendida y para llegar a ser así el patrimonio de la comunidad, se haga común. Por esto dice Holderlin en otro fragmento: "Hablaste a la divinidad; pero todos habéis olvidado que jamás las primicias serán para los mortales, y que ellas pertenecen a los dioses. Es preciso ante todo que el fruto se haga más común, tome un carácter más cotidiano; sólo entonces llega a ser el bien de los mortales". (IV, 238).

Lo puro y lo común entran a la vez en el lenguaje. La palabra en cuanto palabra no se presenta, pues, jamás inmediatamente con la garantía de ser una palabra esencial o al contrario, un sonoro vacío. A la inversa, una palabra esencial aparece muchas veces, en su simplicidad, como algo no esencial. Y por otra parte, lo que en sus arreos da la apariencia de lo esencial, no es a menudo otra cosa que chisme y referencia. Así el lenguaje se ve perpetuamente forzado a revestir la apariencia que él mismo engendra y, por lo mismo, a comprometer lo que le es absolutamente propio: "decir" lo auténtico.

En qué sentido, ahora, este bien, el más peligroso de todos, es un bien para el hombre? El lenguaje es su propiedad. El hombre dispone de él con el objeto de comunicar sus experiencias, sus resoluciones, sus tonalidades afectivas. El lenguaje sirve a la comprensión. En cuanto instrumento apto para esta función, es un "bien". Sólo que la esencia del lenguaje no se agota toda en el hecho de ser

un medio de comprensión. Definiéndolo así, no se toca aún la esencia que le es propia, no se hace otra cosa que allegar una consecuencia de esta esencia. El lenguaje no es solamente un instrumento que el hombre posee entre muchos otros; el lenguaje es lo que, en general y ante todo, garantiza la posibilidad de encontrarse el hombre en medio de lo abierto del ser que está siendo. Solamente allí donde hay lenguaje hay "mundo", es decir, este círculo continuamente cambiante de decisión y de empresa, de acción y de responsabilidad, como también de arbitrariedad y de tumulto, de caídas y de extravíos. Y allí solamente donde hay "mundo", hay Historia. El lenguaje es, pues, un bien en un sentido más original. Que sea el bien, caución de este mundo y de esta Historia, quiere decir que garantiza que el hombre puede **actuar** como sér histórico. El lenguaje no es un instrumento de que se dispone; es, a la inversa, este actuar que depara la suprema posibilidad de ser del hombre. Es de esta esencia del lenguaje de la que debemos asegurarnos ante todo, para concebir verdaderamente la esfera de acción de la poesía y captarla así, verdaderamente, en sí misma. ¿Cómo va haciéndose el lenguaje? Para encontrar la respuesta a esta cuestión, consideremos una tercera palabra de Holderlin.

### III

Encontramos esta palabra en medio de un bosquejo, largo y complicado, para un poema inconcluso que empieza así: "Reconciliador, tú que nunca has creído..." (IV, 162 y 339 y sg.)

"El hombre ha experimentado mucho,  
De los dioses ha nombrado mucho.  
Desde que somos un diálogo  
Y desde que podemos oírnos los unos a los otros".  
(IV, 343).

Por de pronto, hagamos surgir de estos versos lo que tiene referencia al contexto de nuestra discusión. "Desde que somos un diálogo". Nosotros —los hombres— somos un diálogo. El ser del hombre tiene su fundamento en el lenguaje; pero éste se actúa auténticamente sólo en el **diálogo**. El diálogo, por consiguiente, no es únicamente una forma en que se cumple el lenguaje, sino que el lenguaje es esencial únicamente como diálogo. Y lo que entendemos aún por lenguaje, es decir, un sistema de palabras y de reglas sintáxicas, no es más que el primer plano del lenguaje. ¿Pero qué significa, pues, "un diálogo"? Evidentemente, el hecho de hablar los unos con los otros sobre alguna cosa. El lenguaje es, entonces, el mediador que acerca y aproxima los unos a los otros. Pero Holderlin dice esto: "Desde que somos un diálogo y **desde que podemos oírnos los unos a los otros**". El poder oír, lejos de ser una simple consecuencia del hecho de hablar los unos con los otros, es, muy al contrario, el supuesto de aquello. Sólo que aún el poder oír se encuentra ya en

sí erigido a su turno sobre la posibilidad de la palabra y necesita de ella. Poder hablar y poder oír coexisten igualmente desde el origen. Somos un diálogo y esto quiere decir: nosotros podemos oírnos los unos a los otros. Somos un diálogo, al mismo tiempo significa siempre esto: Somos **un** diálogo. La unidad de un diálogo consiste en que cada vez, en la palabra esencial, sea revelado el Uno y el mismo sobre el cual nosotros nos unimos, en razón del cual nosotros somos Uno y también, auténticamente, nosotros mismos. El diálogo y su unidad son el soporte de nuestra existencia.

Pero Holderlin no dice simplemente: Somos un diálogo. Expresa: "Desde que somos un diálogo". No porque haya ni porque se ponga en ejercicio la aptitud del hombre para el lenguaje, no por eso la actuación esencial del lenguaje se ha obtenido todavía: el diálogo. ¿Desde cuándo somos un diálogo? Allí donde debe ser un diálogo, la palabra esencial ha de quedar relativa al Uno y al Mismo. Sin esta relación un diálogo de controversia es aún y precisamente entonces, imposible. Pero el Uno y Mismo no puede ser revelado más que a la luz de alguna cosa que persista y permanezca. Persistencia y permanencia no se manifiestan, sin embargo, más que cuando brillan la constancia y la presencia. Pero esto no se produce sino en el instante en que el tiempo se abre en sus extensiones. Es desde que el hombre se coloca en lo presente de alguna cosa que persiste, cuando se expone a lo mudable, a lo que viene y a lo que pasa; porque sólo lo que persiste es Mudable. Es únicamente desde que "el tiempo desgarrador" se encuentra desgarrado en presente, pasado y porvenir, cuando subsiste la posibilidad de unirse sobre alguna cosa que permanece. **Un** diálogo somos nosotros desde el tiempo en que "hay tiempo". Desde que el tiempo es llevado a existir y a persistir, desde entonces **somos** históricos. "Ser un diálogo" y "ser histórico", estas dos cosas tienen antigüedad igual, forman un todo solidario, son una sola y misma cosa.

Desde que somos un diálogo, el hombre ha experimentado mucho y nombrado muchos de los dioses. Desde que el lenguaje se **historializa** auténticamente como diálogo, los dioses pasan a la palabra y aparece un mundo. Pero una vez más aún, interesa ver que la presencia de los dioses y la aparición del mundo, lejos de ser las simples consecuencias del advenimiento del lenguaje, son simultáneos con él. Y esto hasta tal punto que es precisamente en la denominación de los dioses y en el hecho de que el mundo devenga palabra, en lo que consiste el diálogo auténtico que nosotros mismos somos.

Pero los dioses no pueden venir en la palabra sino en cuanto ellos mismos nos interpelan y nos colocan bajo su interpelación. La palabra que nombra a los dioses es siempre una respuesta a esta interpelación. Esta respuesta surge cada vez de la responsabilidad de un destino. Al hablar los dioses de nuestra existencia, entramos en el dominio en que se decide si hemos de prometernos a los dioses, o si, por el contrario, nos rehusamos a ellos.

Con lo anterior medimos plenamente lo que significa: "Desde que somos un diálogo...". Desde que los dioses nos conducen al diálogo, desde entonces hay tiempo, desde entonces el fundamento de nuestra existencia humana es un diálogo. La tesis según la cual el lenguaje forma el acontecimiento fundamental de la existencia humana, ha sostenido, por lo mismo, su interpretación y su justificación.

Pero de inmediato se suscita esta nueva cuestión: ¿de qué manera se inicia este diálogo que nosotros somos? ¿Quién, pues, lleva a cabo esta nominación de los dioses? ¿Quién, pues, aprehende en el tiempo desgarrador alguna cosa que permanece y hace, por medio de la palabra, persistir esta cosa? Holderlin nos lo dice con la segura simplicidad del poeta. Escuchemos una cuarta palabra.

#### IV

Esta palabra que forma la conclusión del poema "Memorial" es la siguiente: "Pero lo que permanece, los poetas lo fundan" (IV, 63). Esta palabra proyecta una luz sobre nuestra cuestión concerniente a la esencia de la poesía. La poesía es fundación por la palabra y en la palabra. ¿Y qué es lo fundado? Lo que permanece.

Pero lo que permanece ¿puede ser fundado? ¿No es eso lo que ya por siempre es subsistente? No! Justamente lo que permanece ha de ser llevado a persistir contra el flujo que lo arrebató; lo simple debe ser arrancado a la confusión; la medida ha de ser preferida a lo inmenso. Es preciso que llegue a ser descubierto lo que soporta y rige lo existente en su conjunto. Es menester que el sér sea puesto en descubierto, para que lo existente aparezca. Ahora precisamente lo que permanece es lo inasible. "Así es rápido todo lo celeste; efímero, pero no en vano". (IV, 163 sg.) Pero que esto permanezca, he aquí lo que se ha "confiado para cuidado y servicio de aquellos que actúan como poetas" (IV, 154). El poeta nombra a los dioses, nombra todas las cosas en lo que ellas son. Esta nominación no consiste en dar un nombre simplemente a una cosa que antes sería ya muy bien conocida, sino que el poeta, hablando la palabra esencial, hace entonces solamente que lo existente se encuentre por esta denominación nombrado **en** lo que es, y sea así conocido como siendo. La poesía es fundación del sér por la palabra. Lo que permanece no ha sido pues, jamás, creado de lo efímero, lo simple no se deja nunca extraer inmediatamente de lo confuso, la medida no se encuentra en lo inmenso. Jamás hallaremos el fundamento en el abismo. El sér no es en ningún momento un siendo. Pero porque el sér y la esencia de las cosas no pueden nunca resultar de un cálculo ni ser derivados de lo existente ya dado, es preciso que sean libremente creados, puestos y dados. Esta libre donación es fundación.

Pero al mismo tiempo que los dioses son originariamente nombrados y que la esencia de las cosas pasa a la palabra para que las cosas comiencen entonces a lucir, al mismo tiempo que aquello se historializa, la existencia humana accede a una relación fija y es a-

sentada sobre un fundamento. El "decir" del poeta es fundación, no sólo en el sentido de una libre donación, sino igualmente en ese sentido de que asienta y asegura sobre su fundamento, la existencia humana.

Si tomamos esta esencia de la poesía que hace de ella la fundación del ser por la palabra, entonces podemos presentir algo de la verdad de estas palabras que Holderlin ha pronunciado cuando hacía tiempo que la noche de la locura se lo había llevado bajo su protección.

V

Esta quinta palabra la hallamos en el gran poema, en ese poema inmenso que empieza así:

"En azul encantado  
florece con el tejado  
de metal, el campanario". (IV. 24 sg.)

Aquí Holderlin declara:

"Lleno de méritos, sin embargo es poéticamente  
Como el hombre vive sobre esta tierra".

Lo que el hombre trabaja y persigue es adquirido y merecido por su propio esfuerzo. "Sin embargo", dice Holderlin marcando con vigor el contraste, nada de esto concierne a la esencia de su habitar sobre esta tierra; nada de esto alcanza la raíz de su existencia humana. Esta es, en su fondo, "poética". Pero lo que entendemos ya por poesía es la nominación que es fundadora de los dioses y de la esencia de las cosas. "Habitar poéticamente" quiere decir: Estar en la presencia de los dioses y ser afectado por la proximidad esencial de las cosas. "Poética" es la existencia en su fondo; significa decir al mismo tiempo que ella en cuanto fundada (es decir, en cuanto puesta sobre una base) no es un mérito sino una donación.

La poesía no es simple ornamento de la existencia, ni un simple entusiasmo pasajero; no es mera exaltación o un pasatiempo. La poesía es el fundamento que soporta la Historia, y por esto no es sólo una manifestación de la Cultura y ni mucho menos la mera expresión del alma de una Cultura.

Que nuestra existencia humana sea poética en su fondo, esto, al fin, no significa que ella sea, en verdad, sólo un juego inofensivo. Sin embargo Holderlin en las palabras que hemos citado como primero de nuestros leitmotives, ¿no designa la poesía como "la ocupación más inocente de todas"? ¿Cómo conciliar esto con la esencia de la poesía tal como nosotros la vemos ahora ostentarse? Volvemos así a la cuestión que habíamos empezado por dejar de lado. Respondiendo a ella en este momento, intentamos a la vez reunir en una misma visión interior la esencia de la poesía y la del poeta.

Un primer resultado hemos obtenido: El dominio en que actúa la poesía es el lenguaje. La esencia de la poesía debe ser concebida por la esencia del lenguaje. En seguida hemos dicho cómo la poesía es la denominación fundadora del ser y de la esencia de todas las cosas, en ninguna forma como un "decir" cualquiera, sino en aquel decir por el cual todo se encuentra inicialmente puesto a descubierto, todo lo que nosotros debatimos y tratamos en el lenguaje de todos los días. En consecuencia, jamás la poesía recibe el lenguaje como un material de trabajo que le sería dado previamente, sino que, al contrario, la poesía empieza por hacer posible el lenguaje. La poesía es el lenguaje original de un pueblo. Es preciso, pues, que, inversamente, la esencia del lenguaje sea comprendida por la esencia de la poesía.

El fundamento de la existencia humana es el diálogo, como verdadera actuación del lenguaje. Pero la lengua primordial es la poesía en cuanto fundación del sér. Ahora bien, el lenguaje es "el más peligroso de los bienes". Pues la poesía es la obra más peligrosa y al mismo tiempo, "la más inocente de todas las ocupaciones".

En efecto, es a condición de que podamos abrazar en un solo y único acto de pensamiento estas determinaciones, como concebiremos la esencia total de la poesía.

Pero ¿es en verdad la poesía la obra más peligrosa? En una carta dirigida a uno de sus amigos, inmediatamente antes de partir en su última peregrinación a Francia, Holderlin escribía esto: "Amigo mío! el mundo está aquí delante de mí, más claro que nunca y más grave! Me alegro de lo que sucede, estoy contento "como cuando el Padre antiguo y sagrado hubo sacudido con mano apacible a través de las nubes enrojecidas, los relámpagos que bendicen". Porque entre todo lo que puedo ver de Dios, este signo se ha hecho mi signo predilecto. Antes podía exultarme por una verdad nueva, por una visión mejor de lo que hay por encima de nosotros y en torno nuestro; ahora temo que me ocurra finalmente a mí lo que al viejo Tántalo que recibió de los dioses más de lo que podía digerir". (V, 321).

El poeta está expuesto a los rayos del dios. Es lo que dice este poema que debemos conocer como la más pura poesía de la esencia de la poesía y que comienza así:

"Como en día de fiesta, cuando un campesino  
Sale a la mañana para ver la campiña. . . .  
(IV, 151 sg.)

Es lo que queda dicho en la última estrofa:

"Sin embargo, nos conviene bajo las tempestades de Dios,  
Los poetas, vosotros!, quedar en pie, con la cabeza  
(descubierta.  
Con nuestra propia mano tomar el relámpago del Padre,  
El Padre mismo, y ofrecer al pueblo  
El don celeste envuelto en el canto.

Ya un año después, cuando Holderlin, atacado por la locura regresó a la casa de su madre, he aquí lo que escribió a su amigo extrayéndolo del recuerdo de su permanencia en Francia.

"El elemento inmenso, el fuego del cielo y el silencio de los hombres, su vida en la naturaleza, su limitación y su satisfacción, me han asaltado sin cesar, y como se repite de los héroes, puedo muy bien decir de mí igualmente que Apolo me ha herido". (V, 327). La claridad, por deslumbrante en exceso, ha arrojado al poeta a las tinieblas. ¿Es necesario aún otros testimonios para probar el supremo peligro de su "ocupación"? El destino, que fue rigurosamente suyo, lo dice todo. Es como un presagio en que resuena esta palabra que encontramos en el "Empédocles" de Holderlin:

"...Debe

Partir a tiempo, aquél a quien ha hablado el Espíritu".

(III,154)

Y sin embargo: La poesía "es la más inocente de todas las ocupaciones". Holderlin lo escribe en su carta, no sólo para consolar a su madre, sino porque sabe que este lado exterior e inofensivo pertenece a la esencia de la poesía, en la misma forma en que el valle hace parte de la montaña; cómo, pues, esta obra, peligrosa entre todas, sería capaz de actuar y de preservar, si el poeta no hubiese sido "arrojado fuera" ("Empédocles", III, 191) de lo habitual del día, y protegido **contra** lo habitual por la apariencia inofensiva que presenta su ocupación?

La poesía tiene la apariencia de un juego y, sin embargo, no lo es. El juego congrega a los hombres, pero de tal suerte que cada uno se olvida precisamente de sí mismo. En la poesía, al contrario, el hombre queda concentrado sobre el fondo de su existencia humana. Accede a la quietud; no ya, es verdad, a la quietud ilusoria de la inactividad y del vacío del pensamiento, sino a aquella quietud infinita en la que todas las energías y todas las relaciones están en actividad. (Cf. la carta de Holderlin a su hermano, del 1º de enero de 1799. III, 368 sg.).

La poesía despierta la aparición de lo irreal y del sueño frente a la realidad ruidosa y palpable en la que creemos estar. Y, sin embargo, lo real es, por el contrario, todo lo que el poeta dice y lo que él asume del sér. Así lo confiesa la Panthea de "Empédocles" en su claro saber de amiga (III, 78):

"...Ser el mismo, esto

La vida, y nosotros no somos más que el sueño".

Así la esencia de la poesía parece vacilar en la propia aparición de su aspecto exterior, y no obstante ella es firme y fija. Pues, en efecto, si en su esencia la poesía es fundación, esto quiere decir: Posición de una base firme.

Realmente, toda fundación permanece como un don libre, y Holderlin ha oído decir: "Sed libres, los poetas, como las golondri-

nas" (IV, 168). Pero esta liber ad no es un arbitrio desencadenado ni un deseo caprichoso: es altísima necesidad.

La poesía, en cuanto fundación del sér, está **doblemente** ligada. Sólo mirando a esta ley que le es por entero íntima, podemos aprehender al fin, totalmente su esencia.

Poetizar es la original nominación de los dioses. Pero la palabra poética no posee su fuerza nominativa, sino cuando son los dioses mismos los que nos impulsan a hablar. Cómo hablan los dioses?

"...y los signos son  
Desde lejanas edades el lenguaje de los dioses".  
(IV, 135).

El decir del poeta consiste para él en recoger estos signos, para presentarlos después a su pueblo. Esta captación de los signos es una recepción, pero al mismo tiempo también es un nuevo dar; porque en el "primer signo" el poeta discierne ya lo Cumplido, y pone atrevidamente en su palabra lo que ha avizorado, para predecir lo no cumplido todavía.

"...El espíritu atrevido emprende su vuelo como el  
delante de las tempestades profetizando (águila  
de antemano sus dioses por venir". (IV, 135).

La fundación del sér está ligada a los signos de los dioses. Y al mismo tiempo, la palabra poética no es más que la interpretación de la "voz del pueblo". Es por esto por lo que Holderlin apela a las leyendas, en las cuales un pueblo hace memoria de su pertenencia a lo siendo en su totalidad. Muchas veces esta voz se calla y se extenúa en sí misma. No es capaz, en general, de decir por sí misma lo auténtico; tiene necesidad de aquellos que la interpretan. Dos redacciones se conservan del poema que tiene por título "Voz del pueblo". Sobre todo son las estrofas finales las que difieren; se completan, sin embargo. He aquí la conclusión, según la primera redacción:

"Porque es piadosa y por honor a los dioses  
Es por lo que venero la voz del pueblo, voz apacible.  
No obstante, que, por el amor de los dioses y de los  
(hombres

Ella no siempre descansará!" (IV, 141).

Y he aquí la segunda redacción:

"Y en verdad  
Buenas son las leyendas, porque son un memorial  
Al Altísimo, a pesar de que sea menester  
De alguien para interpretar las leyendas sagradas".  
(IV, 144).

Así la esencia de la poesía se encuentra ensartada en aquellas leyes de las cuales el esfuerzo es divergencia y convergencia, y que

está regido por los signos de los dioses y la voz del pueblo. El poeta se mantiene entre los dos, entre aquellos, los dioses, y éste, el pueblo. Es un "arrojado fuera", un rechazado de esta dualidad entre los dioses y los hombres. Pero es ante todo y únicamente en esta dualidad en la que se decide lo que el hombre es y donde ha quedado establecida su existencia. "Él poéticamente como el hombre habita sobre esta tierra".

Sin relajamiento, con una seguridad y una simplicidad siempre crecientes, que impulsa un tesoro desbordante de imágenes, Holderlin consagra su palabra poética a esta región de la dualidad. Y esto es lo que nos lleva a decir que es el poeta del poeta.

¿Diremos ahora que Holderlin, porque se le haya frustrado la plenitud del mundo, queda cautivo de su propia contemplación, esclavo de una admiración loca y vacía, mirándose a sí mismo? ¿No debemos reconocer, al contrario, que el pensamiento de este poeta está presionado por un pulso desbordante hasta el fundamento y corazón del sér? Es Holderlin mismo quien se aplica la palabra que pronuncia con relación a Edipo en el poema póstumo: "En azul encantado florece..."

"El Rey Edipto tiene  
Tal vez un ojo de más". (VI, 26).

Holderlin poetiza la esencia de la poesía, pero ni mucho menos en el sentido de un concepto dotado de un valor intemporal. Esta esencia de la poesía pertenece a un tiempo determinado. No en absoluto que ella simplemente sea conforme a este tiempo, como si éste subsistiese ya antes que la poesía. Sino que, fundando de nuevo la esencia de la poesía, Holderlin comienza por determinar así un nuevo tiempo. Es el tiempo de los dioses idos y del dios que va a venir. Es el tiempo de la indigencia, porque este tiempo está marcado por una doble falta y una doble negación: el "no más" de los dioses que se fueron y el "no todavía" del dios que va a venir.

La esencia de la poesía, aquella que funda Holderlin, es histórica en el grado supremo, porque anticipa un tiempo histórico; pero en cuanto esencia histórica, es la única esencia esencial.

Tiempo de la indigencia lo es porque rico hasta el exceso es su poeta, tan rico que a veces quisiera entorpecerse en el pensamiento de los que fueron y en la espera de lo que va a venir y dormir simplemente en esta aparente vacuidad. Pero él se mantiene firme en la Nada de esta noche. Persistente en sí mismo como el supremo solitario que individualiza su destino propio, el poeta trabaja la verdad para su pueblo representándolo y por esto trabaja en verdad. Esto es lo que anuncia la séptima estrofa de la elegía "Pan y Vino"; es el enunciado poético de lo que no ha podido ser analizado aquí más que por el pensamiento reflexivo:

"Pero, amigo! llegamos demasiado tarde. Ciertamente  
(los dioses viven,

*Holderlin y la Esencia de la Poesía*

Pero por encima de nuestras cabezas, en otro mundo,  
Sin fin ellos se agitan y parecen poco atentos  
Al hecho de que vivamos, así los dioses nos tratan con  
(cuidado  
Pues un frágil vaso no puede siempre contenerlos.  
Sólo de vez en cuando el hombre soporta la plenitud  
(divina,  
Un sueño de ellos, hé aquí la vida. Pero el error,  
Como un adormecimiento, es una ayuda; angustia y  
(noche son los que hacen fuerte  
Hasta que los héroes habiendo crecido bastante en la  
(cuna de bronce  
Sean corazones, como ayer, semejantes en fuerza a los  
(dioses  
Es a golpes de trueno como ellos vienen. Esperando, me  
(parece comunmente  
Que dormir sería mejor que estar así sin compañero  
Y que preservar así. Y qué hacer y qué decir cuando  
(se espera?  
No lo sé; y para qué los poetas en un tiempo de  
(indigencia?  
Pero ellos son, dices tú, como los sacerdotes sagrados de  
(Dionisos  
Que de país en país erraban en la noche sagrada”.

**Martin Heidegger**

(Traducción de Antonio M. Bergmann y Cayetano Betancur, especial para “Universidad Católica Bolivariana”).

*S*

